

tor; su envío, del Salón actual, titulado «Ibiza», es una obra notabilísima. Eugenio Lafuente, joven artista que se marchará, el mes que viene, a Roma, pensionado por el Estado, tuvo en el Salón una linda obra, «Estudio de retrato», de una armónica coloración y delicados matices de muy notable retratista; pero en el que creo sospechar las condiciones de mejor paisajista que pintor de figuras. Luis Bea expuso una obra titulada «Vieja bretona», pintada por un concepto naturalista de franqueza de una técnica juvenil, y que nos indica futuras obras mejor pintadas. M. León Astruc ha enviado dos interesantes retratos, mejores que los que hasta ahora conocíamos de este joven pintor; sus obras nos parece que van por un camino interesante, poco real, poco español, un poco decadente; quizás influenciado por exquisitas lecturas de una literatura un poco morbosa, refinadamente morbosa, pero de una suave sensación morfomana que hace en el espíritu del que lo ve una elegante manera de sentir las cosas de la vida; pero todo ello es un poco peligroso. Angel G. Carrio presentó un «Retrato de hombre», de una plasticidad personal, aun cuando se ve la sana influencia de los clásicos españoles del siglo XVI, sobre todo de Velázquez; el retrato de Carrio es como un amable consejo pictórico para los que desdennan el naturalismo; este retrato, aunque le falta un poco de cálida sensación del natural por el leve pecado de haberse pintado en una nota general fría de coloración, es, sin duda, uno de los retratos más correctos de dibujo y de armonía de cuantos hay en la Exposición.

De los independientes de toda academia y de todo concepto clásico, indudablemente lo más fuerte, en el sentido espiritual, son los cuadros de Vázquez Díaz y de Solana; dos pintores distintos, de distintas tendencias, de distintos sentimientos coloristas y de opuesta educación artística. Solana es lo sombrío, lo trágico, lo irónico de la vida, el sarcasmo, la miseria de los espíritus, de un color bilioso, sucio, enfermo, sin belleza alguna, de una personalidad feroz, la anormalidad. Su pintura es molesta, muy molesta, para el que quiera vivir la vida lejos del dolor y de la muerte. Vázquez Díaz es menos personal, menos intenso; pero más humano, más temperamento de pintor, más artista, más sensibilidad. Mientras que Solana sacrifica la belleza del color para dar una mayor intensidad psicológica, Vázquez Díaz hace todo lo contrario; el primero nos dice una verdad molestándonos; el segundo la dice buscando una manera bella, modernamente bella y estilizada.

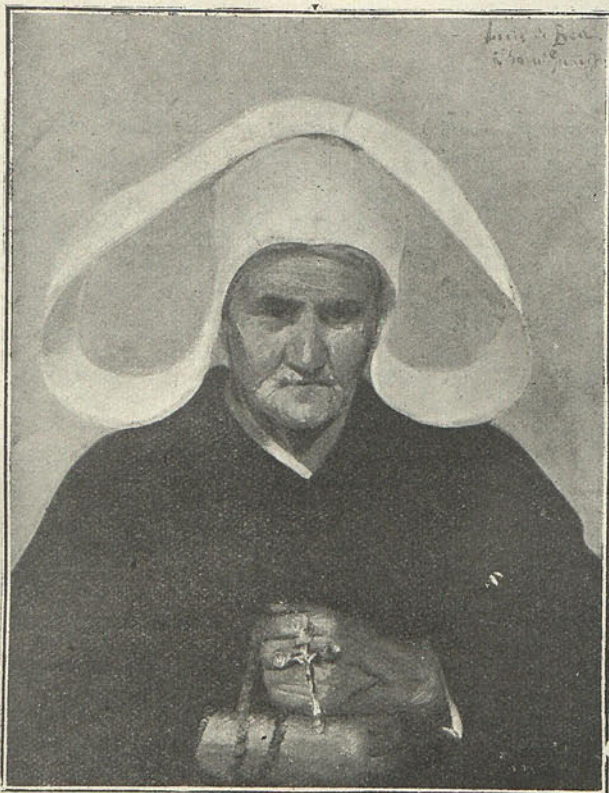
De los jóvenes maestros hay algunas obras de importancia, tales como las de Eugenio Hermoso, que reproducimos a la cabeza de estas notas, una hermosa cabeza de mujer bella, de Benedito; una figura de mujer fuertemente construida, de J. Ramón Zaragoza, y alguna otra.

La sala dedicada a los pintores del 70 es muy interesante; en ella hay unas obras del maestro Domingo Marqués, que tiene una gran manera de arte viril, y de una franqueza netamente española y goyesca. De Rosales—de aquel joven pintor madrileño que, a fuerza de poner todo su corazón en lo que interpretaba, hoy nos parece ver en cada obra suya un pedazo de su alma—hay un retrato de hombre que sería lo muy suficiente para que su nombre pasase a la posteridad con el honor de un gran artista. Un admirable retrato de Emilio Sala, de esos que se producen pocas veces en cada época; unos sentimentales apuntes de aquel gran romántico que se llamó Tomás Martín; unos preciosos

apuntes de Martín Rico; *las celebradas* lavanderas de Casimiro Sainz; unos apuntes de Lucas (hijo) preciosísimos, como siempre; algunas cosas más, y un estudio de leones atribuidos a Velázquez.

Los paisajistas están cada vez mejor, y mejor en todo: en colorido, en composición y en concepto. Indudablemente se está conquistando un terreno de gran modernidad en un total concepto de lo que es paisaje moderno. El maestro Joaquín Mir estuvo en los envíos a este Salón de Otoño mejor que en las anteriores Exposiciones; con una fuerza de sentimiento y de valoraciones cremáticas verdaderamente magníficas; conjuntor admirable de una gran pléyade de jóvenes paisajistas, no se deja pisar el terreno de los que le siguen; él siempre adelante, avanzando en valoraciones atrevidas y definitivas, mostrándonos en cada Exposición todo lo que es capaz de hacer y de sentir; cada día más poeta, cada día más pintor, seguro, sencillo, bello de color, sin cansancio, fresco como una alegre mañana de primavera.

Entre los paisajistas que merecen especial mención, recordamos algunos como, por ejemplo, Aurelio García Lesmes, como siempre, de una sensación personal y castellana, quizá de los más puros de los que interpretan a Castilla, después de muerto Regoyos; José Cubas, un paisajista del cual esperamos ver obras de un verdadero valor artístico, a juzgar por sus notabilísimos paisajes de esta Exposición, pues son de un gusto delicado y de una visión bella y sensible. Rafael Agudo, joven paisajista, novel en estas contiendas de Exposiciones, y que, por lo mismo, queremos dedicarle unas líneas de elogios por sus relevantes condiciones de notable paisajista, a juzgar por las bonitas y acertadas obras de esta Exposición. Don José Blanco Coris, ilustre crítico de arte del *Heraldo de Madrid*, merece un sincero aplauso por sus apuntes al óleo, muy sentidos y bien pintados. Enrique Bráñez, otro aplauso por sus paisajes, en los cuales celebramos ver un notable adelanto de color y de ambiente. Unos apun-



Luis Bea.—«Vieja bretona»

tes pintados con más sentimiento y amor a la Naturaleza que sentido técnico, por José Blanco Recio. Un admirable paisaje de J. Gómez Alarcón, paisaje de fuerza técnica y de justa observación del natural, como así también de una visión halagadora y honrada de colorista. Una bonita y bien pintada vista de los «Campos Eliseos (París)», de Rafael Forns, que cada día pinta mejor y se hace más interesante. Una bella vista de Sierra Nevada, de Robledano. Unos paisajes de Madrid, de Ernesto Gutiérrez, el noble y sentimental paisajista granadino. Unos *panneaus*, con apuntes muy aceptables de color y de composición, como todo lo suyo, de José Pedraza. Unos paisajes de Madrid notables, como del notable paisajista Igual Ruiz, y algunos más también de interés artístico.

De los aguafortistas hay obras muy aceptables y algunas bellas de ejecución y estética, tales como las del maestro Espina; las de Pedraza, de Navarro, de Esteve, de Baraja, de Castro Gil, Santiago Vera, Sánchez López, doña Encarnación Velázquez y algunas más de buen gusto.

Y esta es la idea general e impresiones rápidas del Primer Salón de Otoño, de este Salón de Otoño que servirá como admirable examen artístico de las futuras Exposiciones de arte independiente internacional en Madrid.

FRANCISCO POMPEY.